

PUERTO RICO, S. XXI AL TRASLUZ DE VIEQUES. SOCIEDAD CIVIL, IDENTIDAD, CULTURA, COLONIA Y CONSENSO, DE VARIOS AUTORES

El libro, editado por la Casa de Puerto Rico en España (CAPRE), es una miscelánea de artículos que dan a conocer la problemática actual de uno de los estados federados que conforman Estados Unidos. CAPRE, que se define como una asociación «apolítica, aconfesional, no racista e independiente», denuncia en el libro la cada vez mayor dependencia económica, política y militar del pueblo de Puerto Rico, respecto al Estado Central, que trata de imponer su lengua y su cultura a una nación cuyos valores de identidad son hispanos.

Por otro lado, las maniobras militares que se practican habitualmente en la base de la isla de Vieques ponen en peligro la integridad física de la población civil. Por ello, Ramón - Darío Molinary, en el prólogo, anuncia que CAPRE y su Seminario de Cultura Puertorriqueña quieren recoger « el pálpito del país bajo el prisma de la pacífica desobediencia civil que el pueblo de Puerto Rico ha sostenido desde 1998 frente al poder militar estadounidense ». Y en el apéndice denuncia la actitud de Estados Unidos ante las reiteradas reclamaciones puertorriqueñas sobre la situación en Vieques, calificando la relación entre Puerto Rico y el Estado Central como un «tratado de neocoloniaje ». El mensaje del libro es claro y determinante : dar a conocer al pueblo hispano, en particular, y al mundo, en general, « lo que viene sucediendo en Puerto Rico en este año 2000 con que finaliza el segundo milenio ».

Puerto Rico s. XXI al trasluz de Vieques se estructura en torno a tres bloques que, pese a carecer de unidad estilística, incluso temática, poseen un hilo argumental común que guía a los autores de los ensayos y artículos: el pueblo de Puerto Rico y la defensa de los valores de identidad del pueblo boricua. Estos valores, que se remontan a su pasado hispánico, corren peligro de ser reemplazados por la lengua y costumbres americanas como símbolo de modernidad y progreso económico. No obstante, hay muchos colectivos puertorriqueños - CAPRE entre ellos - que propugnan la defensa de sus raíces que, por otro lado, no tienen por qué ser incompatibles con el desarrollo económico.

Este «libro colectivo» - como lo define el prologuista, editor y coordinador del mismo - está conformado por tres bloques o capítulos de temas afines, un prólogo y un apéndice, dedicado a las últimas elecciones celebradas en Puerto Rico. Como colofón incluye la relación de gobernadores electos desde 1948.

El primer bloque, «Vieques, colonia y consenso», al igual que los otros dos, registra artículos de carácter histórico, jurídico, filosófico, político y de actualidad. Consta de ocho trabajos. Por su singularidad, nos ha llamado la atención el del catedrático Suárez-Galbán Guerra «A propósito de Vieques: relectura de Usmaíl». Suárez-Galbán, basándose en el hipotético valor profético atribuido a la literatura, quiere ver en la novela de Pedro

Juan Soto una profecía que, al cabo del tiempo, se ha hecho realidad: «la rebeldía actual que ha provocado la crisis de Vieques, logrando unir al pueblo de Puerto Rico ante una determinada cuestión ideológica y política». Al igual que el desesperado Usmaíl pelea con los infantes de marina norteamericanos en el «Café Hijos de Borinquen» y pierde, aunque conservando su dignidad, el pueblo puertorriqueño parece contagiado de la «misma ira y frustración que sintió Usmaíl».

La obra de Soto denuncia una situación insostenible que, según Suárez-Galbán, sólo puede acabar en resignación o en resistencia. El pueblo ha optado por una «rebeldía pacífica y pasiva» y rechaza, sin violencia hasta el momento, el «colonialismo en Vieques y en la Isla Mayor».

«Sociedad civil, lengua e identidad» con sus trece artículos constituye el segundo bloque, el más extenso de los tres. Todos los artículos ponen de manifiesto la búsqueda de identidad de la sociedad puertorriqueña, identificada con su pasado hispánico, y cada vez más influenciada por la predominante cultura anglosajona. Precisamente, el arquitecto y académico Fernando Chueca Goitia inicia el bloque con un artículo en el que teoriza sobre sociedad civil, en la que predominan los valores extranjeros, y sociedad humana depositaria de los «más genuinos valores históricos». En la sociedad puertorriqueña, según Chueca Goitia, «predominan los vínculos con Estados Unidos» y «prevalecen los vínculos con la tradición española». Por ello, cree que la solución al problema de Puerto Rico pasa por una plena independencia que respete los valores propios de las dos culturas.

Varios pensadores reflexionan sobre esa identidad que busca y defiende un sector muy importante de la sociedad puertorriqueña y analizan los aspectos más significativos de los distintos ámbitos culturales, políticos, económicos, lingüísticos, históricos... que definen la singularidad de Puerto Rico, un Estado Federado de la Unión, de enraizados vínculos latinos. Así, el catedrático Manuel Maceiras escudriña en el concepto de identidad cultural y llega a la conclusión de que tradición y futuro no son «realidades excluyentes». Por ello, las instituciones deben fomentar «aquello que constituye la esencia de su tradición popular y cultural», pero sin excluir otros supuestos.

El catedrático Eladio Rivera Quiñones, basándose en un detallado estudio sobre el uso del inglés y del español desde la invasión de la isla en 1998 hasta nuestros días, demuestra la interrelación que ha existido y existe en Puerto Rico entre lengua, educación y política y denuncia el trato de privilegio dado a una u otra lengua, según las tendencias políticas de cada momento. En la misma línea, Valentín García Yebra, numerario de la Real Academia de la Lengua Española, considera que la enseñanza del español y su difusión por los escritores autóctonos son los dos pilares que sostienen al español en Puerto Rico.

El profesor Isidro Sepúlveda Muñoz estudia en la obra de Rafael Castro Pereda la importancia del idioma, al que considera la base de la identidad nacional. Denuncia cómo el invasor americano, desde el primer momento, utiliza la lengua como vehículo de articulación nacional e inicia una «batalla del idioma» que se prolongaría durante todo el siglo XX.

El artículo del catedrático Juan E. Hernández Cruz inicia la tercera parte, «Historia, Cultura y Literatura». El también numerario de la Academia Puertorriqueña de la Historia, basándose en documentos inéditos sobre la invasión de la isla en 1898, narrados por varios soldados invasores, analiza el comportamiento y actitud de esos soldados, respecto a la población. Una actitud mesiánica y discriminatoria a favor de la clase acaudalada y claramente en contra de la clase más desfavorecida. Esta actitud se reflejaría en la política y legislación que siguió a la invasión, dando lugar a un «creciente sentimiento

esencialmente colonialista, de agravio y oposición « que, según Hernández Cruz, se prolonga hasta nuestros días.

Siguen varios artículos, cuyos autores reflexionan sobre aspectos de dependencia y autonomía basándose en obras de escritores y pensadores puertorriqueños. Entre ellos, el catedrático de Historia de la Filosofía, José Luis Abellán, quien, estudiando la obra del polígrafo puertorriqueño Eugenio M^a. de Ostos, resalta la dependencia de Puerto Rico por su status político con respecto a USA. Fernando Bayrón Toro reflexiona sobre el ideario político de Baldorioty, quien fuera dos veces Diputado a Cortes Españolas por la ciudad de Ponce, y que abogaba por una autonomía plena que solucionaría el conflicto entre colonialismo y soberanía. Mercedes López-Baralt, según la obra de Antonio Pedreira *Insularismo* y el comentario que hacen otros autores de la misma, denuncia la crisis de identidad y de destino de Puerto Rico, haciendo un llamamiento para que se examinen sus raíces.

Dos obras de Enrique A. Laguerre, *La Lllamarada* y *Los Gemelos*, comentadas por Estelle Irizarry y Dinah Kortright, respectivamente, revelan por medio de mitos y personajes la identidad cultural de Puerto Rico, basada en un pasado indígena e hispano al que no se debe renunciar. Así mismo, denuncian el intento de neutralizar ese legado cultural con el del pueblo americano. En parecido sentido se expresan Luce López-Baralt y Ruth Amarilis Cottó comentando, respectivamente, las obras de Manuel Martínez Maldonado y de Esmeralda Santiago.

Uno de los artículos más interesantes, sin olvidar el de Gerardo Piña-Rosales quien establece el corpus de poetas puertorriqueños de Nueva York, es el de Luis E. González-Vales. El general retirado del ejército americano y Director de la Academia Puertorriqueña de la Historia pone de relieve los lazos comunes de lengua, fe y cultura entre España y Puerto Rico. Estos vínculos, según el Académico, en lugar de perderse en los más de cien años de soberanía americana, han ido en aumento y representa el legado máspreciado de gran parte de los puertorriqueños.

Concluye el libro con un apéndice que recoge un listado de todos los gobernadores electos desde 1948 hasta las últimas elecciones celebradas en el mítico 2000. Se da la circunstancia de que tanto el primer Gobernador, Luis Muñoz Marín, como el último electo, Sila María Calderón, primera mujer que preside Puerto Rico, pertenecen al Partido Popular Democrático (PPD).

En cuanto al perfil humano y académico de los autores de los artículos, hay que resaltar que configura un amplio espectro constituido por destacadas personalidades del mundo de la cultura: profesores, antropólogos, ensayistas, críticos literarios, arquitectos, investigadores, periodistas, catedráticos, académicos y prestigiosos investigadores y ensayistas. De ellos, veinte son puertorriqueños, once españoles y uno norteamericano.

Para el lector interesado en el tema, resulta de gran utilidad la bibliografía aportada por algunos autores al final de sus artículos.

José Lucena Llamas

AURAS MARINAS, DE ALFONSO CABELLO JIMÉNEZ

La vida está llena de presencias reales y de otras presencias mucho más entrañadas que pertenecen sólo a la riqueza intelectual y deontológica de cada ser humano. Unas frente a otras convergen en la formación de la persona y son referentes inexcusables de cada actividad existencial y de cada obra creativa. Las primeras responden de inmediato y son propuestas desde la propia experiencia de sentir, actual y siempre reforzada por una especial capacidad, tenacidad o actitud ante los hechos temporales. Las segundas pertenecen a un territorio mucho más inefable y consistente, el territorio del espíritu, donde sólo es posible la poesía y el arte porque su virtualidad no es aleatoria y fluctúa, a veces sin equilibrio, entre la intuición y la inteligencia, dones convergentes y fielmente enzarzados; facultades que, más que complementarse, se interseccionan y se enhebran significando en suma que no existe verdadera potencialidad creativa ajena a la conjunción de la voluntad y el talento. Esta armonía inarmónica procura ciertamente la más variada gama de hallazgos: un singular asombro que nunca debe deslumbrarnos porque tras la cegadora imagen de la originalidad se desvanece deshojada hasta la rosa más perenne.

Alfonso Cabello es un poeta inmarcesible. Su intuición poética supera ampliamente a la de muchos de los poetas contemporáneos acostumbrados a decir en verso menudo y críptico las más abstrusas obviedades; su sensibilidad anímica se distancia de la de otros muchos empeñados en llamar la atención a fuerza de argumentos o relatos soeces. Él es un creador preocupado únicamente por la verdad de la poesía. Este sentir de autenticidad que ciertamente movió siempre a los grandes poetas, hoy parece una moneda de cuño desgastado que, pese a quien pese, nunca dejará de tener vigencia, aun cuando por ineptia o miopía se estanque en la memoria como una atávica obra de arte altamente cualificada o una joya antigua de valor incalculable. Porque la potencialidad de la emoción es y será siempre un valor en alza.

Cabello Jiménez maneja con propiedad los recursos métricos y retóricos, materia primaria para expresar con cierta solvencia la fértil virtualidad de un poema. Poseyendo los métodos, la concepción poemática resulta desde cualquier supuesto mucho más convincente. Es un asunto apasionante la introspección poética. Desde Platón y Aristóteles como luces álgidas de una actitud más desmitificadora que enconada hasta la voz más lánguida de la crítica eufemística tan a la usanza en nuestro tiempo que pretende crear dioses de oro de figuras de barro, esta manifestación personal de la conciencia humana despierta verdaderos brotes de hostilidad y apasionamiento, según se identifique o no con nuestra más o menos basta y bárbara manera de concebir la poesía. La memoria pervive porque no muere cuando responde necesariamente a la verdad de la vida. Era Antonio Machado quien se azacanaba en repetir que “el poeta profesa más o menos conscientemente una metafísica existencialista en la cual el tiempo alcanza un valor absoluto. Inquietud, angustia, temores, resignación, esperanza, impaciencia que el poeta canta, son signos del tiempo y al par revelaciones del ser en la conciencia humana”.

Lo cierto es que el poeta se tensa y se distiende sobre una cuerda monocorde cuya vibración no permite excesivas modulaciones porque su realidad temporal es inmanente y no puede desasirse de ella; penetra y permanece sin culminar como un río suave que fluye desde el olvido de la memoria a la actualidad de la presencia. En Alfonso Cabello esta realidad también se cumple y no se entiende como limitación sino como territorio la reiteración de epígrafes, premisas, situaciones y asuntos. Ciertamente los hechos de la experiencia nunca quedan clausurados. Aunque pertenezcan al pasado perviven como eje dominante en la elaboración del poema. Es como si de alguna manera ordenaran la cosmovisión esencial del mundo. Gelina es el referente del amor humano. Alfonso Cabello plasma en ella la intemporalidad de la pasión para recordarnos que en el proceso cíclico de nuestra historia sin retorno es posible perpetuar la emoción de un instante. ¿Quién podría determinar la edad de un poeta que escribe: "Te doy mi corazón porque te adoro/ y toda mi existencia por un beso"? Es incuestionable la influencia becqueriana pero qué gran poeta no ha recibido con voluntad o sin ella el sabor urente de la eterna lírica. Cada creador es heredero de las tradiciones con las que se identifica. Nadie imita a nadie a quien no admira. La imitación aristotélica remite a la creación poética en el sentido más pertinente y eficaz de la palabra. Nada se crea de la nada. No se extinguirá este eco enraizado en la incognoscibilidad de la memoria; eco que se materializa en cada presencia actuante sobre la que se yergue la propia voz del poeta para conferirnos el don de la verdad que no es facultativo de una época aunque cada época haya de configurar sus propias formas y ficciones.

Si el aroma de Bécquer empapa la primera parte, será el marinero en tierra Rafael Alberti quien inspire los versos de "La mar", temática medular en la concepción del libro, de lo que da testimonio el título y nos remite inexorablemente al poeta gaditano de la Generación del 27 que dejó, como rosa deshojada en el corazón de todos los poetas, el deseo abierto de ser escudero del nemoroso Garcilaso. No es menor el influjo de la noble tradición cordobesa, que vuelve sin desmayo a cantar las excelencias de esta bendita tierra, en "Nuestra tierra". Se escuchan nítidos los rumores de algunos de los poetas de Córdoba. Todos los hombres coparticipamos de una esencial razón de vida y de palabra. Sin ella, la poesía es paupérrima luz, que nada tiene que ver con esa otra verdad de que es luz negra. No hay mayor ofrenda a la humanidad creadora. Y Alfonso Cabello lo sabe.

El poeta busca eternizar el éxtasis de un momento, plasmar en un espacio la experiencia vivida que no pasa, que se queda reflejada sobre la estela del poema, en absoluta presentez, como le gustaba decir a Pedro Salinas, pero que a la vez trasciende ese pasado y ese futuro siendo, como también afirmaba Machado, palabra en el tiempo. Pero no sólo palabra porque los poemas asimismo muestran la condición humana en toda su desnudez o en toda su oscuridad. Antonio Machado que sabía hablar sobre poesía con la misma eficiencia que solía escribirla nos ha legado generosamente su sabrosa palabra: "El intelecto no ha cantado jamás, no es su misión. Sirve no obstante a la poesía señalándole el imperativo de su esencialidad. Porque tampoco hay poesía sin ideas, sin visiones de lo esencial". Y en esta búsqueda de lo sustancial, Alfonso Cabello es un digno heredero de los poetas más sobrios. Sus meditaciones nos acercan al centro de la intimidad para manifestarnos el dolor, la intolerancia, el egoísmo, la soledad, la muerte, efectos de vivir que nos son tan comunes, tan cotidianos, tan presentes, tan intemporales.

Siempre el hombre, el "que sin culpa es sentenciado pero nadie defiende su inocencia" ese hombre al que salva sin duda el amor, el arte, la poesía, la música, razones por las que tiene sentido la existencia; dones que señalan a Alfonso Cabello como un poeta

amable, heredero de hondas tradiciones, conocedor del difícil tejido de la lírica, lector e indagador infatigable, buscando a través de la expresión poética esa unidad original que nos reconcilie en comunión jubilosa a todos los seres humanos.

Manuel Gahete Jurado

ELEGÍA PLURAL, DE MANUEL GAHETE

Manuel Gahete es, en esencia, un extraordinario poeta lírico, porque aunque su producción literaria (en la que hemos contado una treintena de obras salidas de su pluma) se bifurque entre los géneros de la poesía, del relato, de la crítica filológica y de la investigación histórica, en cualquiera de sus escritos (incluidos conferencias, artículos de opinión, semblanzas...) emerge invariable una sensibilidad palpitante y continua de la que el autor no puede desprenderse y que le ha llevado a reconocer que "la literatura es un gran género, y no se puede exactamente dividir si se hace poesía o se hacen otras cosas". En la pureza del temblor lírico nace, pues, la palabra luminosa y emotiva de Gahete; de su enmarañamiento entrañable brotan también su impulso lingüístico y su invención léxica, el sublime candor con que sobrecoge su relato siempre apasionado. En su voz escuchamos a uno de los poetas andaluces más personales¹ de cuya obra no podrá prescindirse seguramente en un esquema riguroso de la poesía nacional.

La trayectoria de este poeta cordobés –frecuentemente incluido en antologías y hasta en algún libro de texto– se inicia con su obra *Nacimiento al amor* (1986) y se continúa en una larga serie de poemarios ya cercanos a la veintena –entre los que destacan *Capítulo del fuego* (1989), *Íntimo cuerpo* (1990) o *La región encendida* (2000)–, por algunos de los cuales ha merecido singular reconocimiento, no sólo de la crítica sino también de galardones literarios tan acreditados como el Premio Nacional Miguel Hernández, Premio Villa de Martorell o Premio San Juan de la Cruz. Pero por esa mezcolanza de géneros ya anotada, el conocimiento de su poesía parece inseparable de sus propias convicciones estéticas manifestadas, en parte, en ensayos como *Cuatro poetas recordando a Dámaso* (2000) o *La oscuridad luminosa: Góngora, Lorca y Aleixandre* (1998).

Aunque Manuel Gahete nos tiene convencidos de que escribe fundamentalmente sobre el amor, observamos que en su última obra, *Elegía plural* (Málaga, CEDMA, 2001) pretende dar un giro buscando traslucir una voluntad de lucha por mantener sus valores y los del género humano. En este momento parece que a él le importa destacar que vivir agota porque la vida es búsqueda incesante de un paraíso anhelado, de un deseo repetidamente frustrado en su esperanza: "Sabedme aquí, heridas ya las alas. / Sangrante en el dolor que aún anuncia / un corazón de luz marcado a fuego". Desde el principio su palabra se ensancha en un inmenso caudal de vocabulario por el que ruedan vivencias cotidianas que el poeta rescata como experiencias de soledad, de ausencia, de doloroso recuerdo. Ser hombre es ser, por naturaleza, inseguro e implica un intento de hacer realidad nuestras mejores aspiraciones recurriendo a los demás, aunque a sabiendas de que éstos pueden pagarnos con la indiferencia y la ingratitud; y por eso la

¹ Manuel Gahete es uno de los veintiséis poetas incluidos en el libro de A. García Velasco, F. Morales Lomas, J. Sarria Cuevas y A. Torés García: *Poesía andaluza en libertad (Una aproximación antológica a los poetas andaluces del último cuarto de siglo)*, Málaga, Corona del Sur, 2001.

confrontación con otros, además de irremediable, es desoladora: “La verdad es mentira. / El tiempo apura el tiempo, / y he de irme a la calle. / ¡Cómo acallar mi miedo!”. El fin de la poesía no es ya sólo comprenderse uno mismo en un ímpetu romántico (“Al fin en tu lunar tierra de olvido / serás un dulce mar de amargas aguas”), es también profundizar en el conocimiento de seres conocidos, hacer un esfuerzo por entender la vida en la creencia de que éste es el camino para hacer realidad los más profundos anhelos humanitarios, a lo que el poeta se refiere cuando habla de “este amar sin dejarme vencer por la agonía”. Así pues, el olvido, la indiferencia, el hiriente desamor (“Cuando tú no me amas es tan fácil morir”) o la humana culpabilidad pueden ser causa de una inquietud íntima (por ella se explicaría que en uno de los apartados del libro se trate “Del desvalimiento”) y motivos para que los versos adquieran un tono elegíaco y realista al que se hace necesario sublimar con variados aspectos de lo positivo: la sonrisa, la paz, la luz. Son muchos los pasajes que se conforman en esta convicción (como rápidas confesiones de un estado anímico momentáneo: “malhiere mi talón la desolada / pasión de ser humano sin ventura”; “Deshabitado vivo / en liza con la luz y la palabra”), y en ellos la “luz” es invariable símbolo de lo positivo, de lo espiritual y trascendente, y la “palabra”, camino de introspección, de búsqueda de conocimiento. Recordando un comentario de Fernando de Villena (“la originalidad en Manuel Gahete viene dada por la importancia concedida al símbolo”²), vemos que uno y otro, la *luz* y la *palabra*, vuelven a ser dos términos muy frecuentes en este libro, cuyas estrofas Gahete ennoblece con un léxico culturalista, recamado y propio al que ya nos tiene acostumbrados (sobre su originalidad y oportunidad no hace mucho que trató también Antonio García Velasco³); y así *terne*, *sarga*, *súcubo*, *empodrece* o *yáculo* no sólo contribuyen al efecto musical intrínseco del poema sino que explican, en la práctica literaria, lo que su autor ambiciona continuamente: crear un lenguaje literario desligado de la expresión prosaica y del vocablo que pueda resultar anodino para la comunicación.

En *Elegía plural* se perfecciona este lenguaje exquisito y sugerente, aliado al valor de lo rítmico y de las correspondencias conceptistas. En su escritura se constata una conciencia de la potencialidad del idioma⁴ que revierte, unas veces, en aliteraciones, otras en sencillos juegos de palabras (“mi corazón y mi razón acuerdan”) y otras en evidentes antítesis de expresividad demostrada en la tradición poética. Esta orientación del estilo no supone, sin embargo, evitar ser directo o contundente para proclamar “que no es mejor un hombre que otro hombre desnudo / porque aquél bebe un cáliz de gloria o de dinero”, como tampoco será impedimento para mostrar una aspiración inamovible a la bondad y al bien: “seré bajo los arcos de la exedra / un ámbito de luz, sonoros besos / batiendo en soledad sobre la piedra”.

La nobleza y las buenas intenciones marcan temáticamente un poemario que (con-

² Una afirmación que retomamos de su artículo “Huir al sol del sordo laberinto”, publicado en el suplemento “Papel Literario” de *Diario Málaga-Costa del Sol* (24 de diciembre de 2000, pág. II).

³ Cfr. su crítica dedicada a *La región encendida* e impresa también en “Papel Literario” de *Diario Málaga-Costa del Sol* (18 de junio de 2000, pág. III).

⁴ Según opinión de Eduardo García, “esa su fascinación por la palabra es el eje mismo de su trayectoria poética, el elemento omnipresente que aporta continuidad a su evolución. El lenguaje ocupa así un lugar preponderante, imponiéndose sobre todo lo demás”. Vid. su reseña publicada en el *Boletín de la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, Año LXXVIII-Número 139, julio-diciembre de 2000, pág. 187. En este sentido, debe tenerse muy en cuenta un comentario reciente del propio Gahete (*ABC*, Córdoba, 10-11-2001, pág. 48), quien remarca así un entorno de fundamental preocupación literaria: “Es bastante difícil mantener el equilibrio sobre la virtualidad de la palabra pero nunca imposible. El virtuosismo del lenguaje no es más que un don como la satisfacción o la belleza”.

cretamente en su tercera parte, “Bajo la piel”) supone la incursión lírica por los recuerdos y el análisis del pasado, de donde contradictoriamente no surge una queja inevitable sino un destello de esperanza y un proyecto de felicidad. Tan seguro tiene el poeta cómo alcanzarla que la idea esbozada en sus versos se corresponde con la expresada en otro pasaje de su prosa, como muestra la comparación: “Aunque es tarde y lo sé, nunca es tan tarde / si sobre el corazón ondea una risa / o se vierte una lágrima / anunciando / el hondón de la luz sobre dos cuerpos” (= “El día vivido es un día ganado si hemos encendido una sonrisa o iluminado un labio con una flor, un beso o una palabra dulce” [Cfr. su obra *Después del paraíso*, 1999, pág. 45]). En resumidas cuentas, el pasado y la experiencia vivida no son, para Gahete, motivos de angustia o de arrebato nostálgico: son puntos de reflexión y origen de nueva dicha, y de este modo, el análisis sobre el transcurso de la existencia individual puede llegar a ser una forma de catarsis que permita expresar líricamente el dolor íntimo o la recóndita satisfacción. Incluso en la última parte de *Elegía plural*, cuyo título “Hombre en sombra” cuaja en una toma de conciencia ante la adversidad que acosa al hombre y lo va desgastando hasta anularlo en el tiempo, emerge una voluntad constructiva que reconvierte el tema elegíaco en una actitud de superación constante y esperanzada. Ante el transcurrir del tiempo inevitable, el pensamiento poético de Gahete postula ignorar la insuperable finitud humana para complacerse, en cambio, en la legítima persecución de un deseo repetidamente mantenido (“un clamor que ya es tuyo”), aceptando que cada hombre posee una personalidad y una fortaleza insustituibles (de ahí el poema “La música callada”) que siempre aspira a conservar y a perpetuar. Se concluye que frente a la soledad y al dolor –inmutables causas de nuestra elegía- debiera proponerse el intento de reconcentrarse en uno mismo y de aislarse de cuanto suponga pérdida de nuestra serenidad interior o menoscabo de nuestro enraizamiento vital. Y todo esto justifica que a la conciencia de los más insalvables presagios (abordados con expresiones simbólicas como “Cendra, magma, ceniza / bajo el tiempo inflamable”, o con total rectitud lingüística en versos como “A veces, hombre, olvidas / que has de morirte”) se oponga una búsqueda de necesaria salvación y de trascendencia absoluta, impulsos líricos que en parte ya apreció Eduardo García⁵ en *La región encendida*: “Su tristeza es generadora, apuesta por la vida, se proyecta hacia el futuro, sin detenerse demasiado a mirar hacia atrás, salvo para tomar impulso”.

Si este poemario demuestra una urgente necesidad de creación y de perfeccionamiento idiomático –algo que ya es en el poeta constante literaria-, también ha de interpretarse suponiendo que la verdadera intención –“Es un llanto por algo perdido”, según ha afirmado el mismo Gahete⁶- apunta a superar cuanto causa dolor y sufrimiento proponiendo en su lugar sentimientos esperanzadores e ilusiones inquebrantables: de esta manera, la oscuridad y la sombra simbólicas son compensadas con la luz siempre trascendente del corazón y la voluntad.

Antonio Moreno Ayora

⁵ Cfr. nuevamente su reseña en el volumen ya citado, pág. 188.

⁶ Véase la colaboración de Félix Ruiz Cardador en *El Día de Córdoba* de fecha 20-6-2001, pág. 47.